

un retiro apacible. Aquel espíritu, en apariencia tan independiente, no escapaba del todo á las impresiones y terrores comunes. Recordaba el lecho de muerte del desdichado Santa Rosa, y con una sutileza muy italiana se esforzaba en conciliar su ambición con la salvación de su alma. Con tal objeto llamó, según se dijo, á un cura de toda su confianza y le hizo prometer que en su hora postrera, cualesquiera que fuesen los actos de su vida política, no le negaría la absolución de la Iglesia (1). Si el temor se apoderaba hasta del alma escéptica de Cavour, ¿cuál no sería el trastorno en el palacio real, todavía lleno de fúnebres imágenes? «El rey, escribía la marquesa Constanza de Azeglio, está pálido, abatido, con accesos de dolor que dan compasión (2).» Los viejos amigos de su juventud, los curas que habían presidido á su infancia lo rodeaban, le reconvenían y le conjuraban que volviese á las tradiciones de sus antepasados. Bajo aquella impresión, tres prelados, individuos del Senado, el arzobispo de Chambery, el obispo de Mondovi y el obispo de Casale, formularon secretamente un proyecto que hicieron aprobar por el rey, proyecto para el cual consiguieron el asentimiento del papa, y que, explanado á la hora propicia, desconcertaría sin duda al ministerio y aseguraría la victoria al partido religioso (3).

El contraproyecto se presentó el 26 de abril. Hacía ya algunos días que duraba la discusión en el Senado, y habían hecho uso de la palabra los representantes más autorizados de la antigua política piemontesa. Entonces fué cuando el Sr. de Calabiana, obispo de Casale, se levantó en medio de la Asamblea y explanó su moción. Esta se reducía á una transacción. El ministerio, dijo en substancia el obispo de Casale, ha afirmado varias veces que si perseguía la secularización del patrimonio monástico, era con el fin de mejorar la suerte del bajo clero y sacar de la renta de los bienes secularizados el suplemento de sueldo destinado á los curas pobres y soportado hasta ahora por el presupuesto. ¡Pues bien!, en nombre del episcopado, nos ofrecemos á pagar ese suplemento de nuestras propias dotaciones, poniéndolo cada año á disposición del gobierno, con la sola condición de que sea retirado el proyecto de ley.

La maniobra era hábil y colocaba al ministerio en la alternativa de retirar el proyecto ó confesar su verdadero propósito. Cavour no vaciló en arriesgar otra vez el todo por el todo y abandonarse á su fortuna. Pidió el aplazamiento, y por la noche, después de un largo consejo, presentó su dimisión al rey. Los días siguientes fueron agitadosísimos. Todo el mundo comprendió que se trataba, no de una ley especial, ni de una crisis parlamentaria, sino del porvenir del Piamonte. La mayoría de las gentes esperaba que el rey llamaría al señor de Revel, pero se contentó con llamar al general Durando, y ello fué la primera señal del decrecimiento de su energía. Al cabo de dos días, el general renunció á formar ministerio, y Cavour, cuya estrella había palidecido un instante, volvió á ser el hombre inevitable. No perdió un instante para consolidar su éxito y re-

(1) *Le comte de Cavour, récits et souvenirs*, por W. de la Rive, pág. 239.

(2) *Souvenirs de la marquise Constance de Azeglio*, pág. 497.

(3) Monseñor Ghilardi, *Pio Nono giustificato*, tomo I, páginas XVII-XVIII, notas.

apareció ante el Senado con el prestigio de las repugnancias reales vencidas. El senador Gallina pidió que la ley fuese aplazada hasta septiembre, á fin de que las negociaciones con Roma pudiesen ser llevadas á buen término. Pero la audaz obstinación de Cavour había debilitado las resistencias. El aplazamiento fué desechado, y el 22 de mayo de 1855 la obra de la secularización fué consumada por 53 votos contra 42 (4).

¿Por qué he referido detalladamente este episodio en apariencia ajeno á nuestra historia? Porque señala el último rompimiento con la antigua tradición é inaugura de un modo decisivo la política nueva. El rey había agotado, en aquellas circunstancias emocionantes y dolorosas, toda su energía. Votada la ley, la sancionó sin recordarse, al parecer, de la crisis pasajera en que se había agitado la suerte del país. A su ministro le pidió una sola concesión. Entre los santuarios servidos por los religiosos proscritos había algunos que su madre y su esposa solían visitar; estos eran la piadosa capilla de las *Sacramentinas* y la iglesia de la *Consolata*, donde dos estatuas señalaron más tarde el sitio en que ambas reinas acostumbraban arrodillarse. Repugnó á Víctor Manuel dejar profanar aquellos recuerdos de familia, y quiso respetar hasta en la muerte á las que en vida escuchó tan poco. Encargó que nada se cambiase en aquellos recintos, y la violación se detuvo en aquellos umbrales privilegiados. Cavour no sólo accedió al deseo de su soberano, sino que, acordándose algo tarde de que era de la raza de Francisco de Sales, añadió á aquellos favores algunos actos de tolerancia. El rey creyó haber aplacado los manes de sus antepasados y haber concedido bastante á las tradiciones de su casa. Desde entonces, habiendo tranquilizado su conciencia á su manera, sacudió resueltamente el polvo del pasado y, encadenado para siempre al ministro que había de dominarlo é ilustrarlo á la vez, se abandonó á su destino.

VI

Era propio de Cavour el llevar adelante con igual solicitud varias empresas simultáneas. Al mismo tiempo que presentaba á las Cámaras la «ley de los conventos», se preparaba una entrada ruidosa en el gran teatro de la política europea.

Desde su ingreso en el ministerio, no cesaba de meditar algún golpe de efecto. La paz general había contenido hasta entonces sus designios. En enero de 1854, cuando pareció indudable que de las complicaciones orientales surgiría la guerra, sintióse vivamente atraído por aquella gran ocasión de peligros y provechos. Su primer confidente parece que fué el rey. A Víctor Manuel le sedujo la idea de tomar parte en la guerra que las potencias occidentales iban á hacer á Rusia. «Si no puedo ir yo, enviaré á mi hermano,» dijo el rey (5). Contando con aquella adhesión, Cavour dejó entrever algo de sus planes, á medida que se desarrollaban los acontecimientos. Comunicólos al general La Marmora y á algunos emigrados lombardos cuya calurosa aprobación le animó. Las noticias de París proporcionaron

(4) Véase *Atti del parlamento subalpino*, tomo VIII, páginas 671, 675, 795 á 839.

(5) Massari, *La vita ed il regno di Vittorio Emanuele*, tomo II, pág. 157.

nuevo alimento á su imaginación ambiciosa. En el momento en que los primeros batallones franceses partían para Oriente, el Sr. Drouyn de l'Huys, en una larga entrevista con el Sr. de Villamarina, procuró destruir las aprensiones que pudiera despertar en Italia la alianza eventual del Austria con Francia é Inglaterra. «Cuanto más se comprometiera Austria en Oriente, tanto menos pesará sobre Italia; cuanto más se una á nosotros, tanto mayor será la influencia que sobre ella ejerceremos. Y además, añadió Drouyn de l'Huys, ¿quién puede prever las eventualidades de una guerra tan vasta? Puede haber territorios que repartir, aun á costa de nuestra aliada, la Turquía; puede haber compensaciones que dar.—¡Oh!, sí, replicó el Sr. de Villamarina, la cuestión de Oriente es tan grande que interesa á toda Europa.—Sin duda, á toda Europa, repuso Drouyn de l'Huys haciendo hincapié sobre esta palabra; por esto al Piamonte, por el cual se interesa tanto el gobierno francés y particularmente el emperador, le traería cuenta tomar en ella una parte activa (1).»

¡Qué excitación para Cavour! ¡Qué lenguaje tan tentador! Inmediatamente procuró crear en el país un movimiento de opinión favorable á sus secretos planes, movimiento que había de justificar más tarde la realización de los mismos. En abril de 1854 se le presentó la ocasión de descubrir sus proyectos. Llegó al *Foreign Office* el rumor de que la indecisión de Austria á unirse á la alianza occidental obedecía al temor de que, una vez llevadas lejos sus armas, estallase un levantamiento en sus provincias italianas y se propagase con la complicidad del Piamonte. Lord Clarendon invitó desde Londres á sir James Hudson que provocase sobre el particular las explicaciones de Cavour. Después de haber cumplido su encargo, sir Hudson añadió en lenguaje amistoso: «¿Por qué no ponéis un cuerpo de tropas al servicio de los aliados? Sería la mejor manera de quitar todo pretexto á las evasivas de Austria.» La contestación de Cavour no se hizo esperar: «Estoy personalmente dispuesto, replicó, á aconsejar al rey el envío de quince mil hombres á Oriente, con la sola condición de que este concurso no pueda en ningún caso perjudicar nuestros intereses (2).»

La negociación quedaba entablada, pero no se continuó hasta más tarde. El prestigio de Cavour, aunque grande, no lo era tanto que intimidase á todas las resistencias. Los consejeros del rey empezaron á formular objeciones. Quién temía que el pequeño contingente sardo, al lado de los grandes ejércitos anglo-franceses, hiciese más visible la debilidad del Piamonte. Quién se resistía á que las mejores tropas piemontesas fuesen llevadas tan lejos de las fronteras que estaban encargadas de proteger. Otros recordaban las guerras todavía recientes, el país cansado de luchas, la hacienda empeñada. Todos consideraban la empresa extraordinaria, y lo era, en efecto, á menos que fuese el prefacio de planes más extraordinarios todavía; y, sobre esto, el primer ministro se veía obligado á disimular las grandes aspiraciones de su política. El más hostil era el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, que nunca

fué partidario de la intervención. Sucedió, pues, que á las primeras insinuaciones siguió el silencio, y cuando el tratado del 10 de abril de 1854 entre Francia é Inglaterra fué comunicado al gabinete de Turín, el general Dabormida contestó, no con una accesión directa, sino con la simple expresión de su simpatía: esta misma simpatía no era muy hábil, porque si no bastaba para asegurar al Piamonte la gratitud del Occidente, en cambio era demasiado manifiesta para no ofuscar á Rusia.

Mientras tanto Cavour seguía con vivísima atención la lucha ya empeñada. De vez en cuando recibía preciosos estímulos de París. «Comprendo perfectamente, decía en junio Drouyn de l'Huys á Villamarina, la reserva del Piamonte. Pero es posible que Austria no venga con nosotros; entonces peor para ella; el Piamonte tendrá una ocasión favorable para tomar una buena revancha (3).» Cavour presentía esa revancha, aspiraba á ella y de antemano descontaba su magnitud. Las resistencias que en torno suyo encontraba, en vez de desalentarlo, le excitaban, y renunciaba tanto menos á sus planes, cuanto que se sentía sostenido por el rey.

El llamamiento directo, tan esperado y deseado, llegó de Inglaterra, que se hallaba en gravísimo apuro porque, habiendo calculado mal sus efectivos al emprender la guerra de Crimea, las primeras intemperies del invierno, que vinieron después de las pérdidas de Inkermann, habían reducido hasta casi anularlos sus magníficos regimientos (4). La crisis era grave. El inglés afronta voluntariamente los peligros de los largos viajes ó de las empresas atrevidas, pero es rebelde á las exigencias de la disciplina militar; así es que era quimérico contar con las buenas voluntades individuales, imposible establecer el reclutamiento, y de lejanos resultados llamar á las tropas de las colonias. Los ingleses, de tal modo cogidos de improviso, se acordaron de que, en el siglo XVI, de los valles alpinos de la Suiza meridional ó del Norte de Italia habían salido más de una vez osados *condottieri*, soldados rudos y vigorosos, que hacían la guerra á sueldo de los soberanos y luchaban valientemente con tal que pudieran contar con abundante botín y buena paga. Afortunadamente Inglaterra podía pagar; y en cuanto á los *condottieri*, podría hallarlos entre los piemonteses, sobrios, según se decía, bravos y bastante acostumbrados á las fatigas para soportar la invernada en Crimea, y que, además, casi se habían ofrecido. Había, pues, llegado el caso de anudar el hilo, no enteramente roto, y de recibir una ayuda aparentando prestar un servicio; por esta razón lord Clarendon y lord John Russell escribieron en 29 de noviembre á sir James Hudson para que continuara las suspendidas negociaciones. A consecuencia de un retraso inexplicable, esas cartas no llegaron hasta el 12 de diciembre á Turín, y al día siguiente recibióse la petición oficial de auxilio formulada por Inglaterra y también por Francia. El secreto de las conferencias se había traslucido ya en aquella ciudad. «Vamos, tío, decía á Cavour la condesa Alfieri, ¿cuándo partimos para Crimea (5)?»

(3) Despacho de Villamarina, 16 de junio de 1854 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, pág. 166).

(4) Véase anteriormente, libro V, párrafo 7.º

(5) *Le comte de Cavour, récits et souvenirs*, por M. W. de La Rive, pág. 251.

(1) Despacho de Villamarina, 7 de marzo de 1854 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VII, págs. 165 y 166).

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour, raccolte ed illustrate da Luigi Chiala*, tomo II, pág. 58.

La proposición, que, á fuerza de tantos aplazamientos, ya nadie esperaba, causó en los consejeros del rey más ansiedad que satisfacción; y aun en el mismo Cavour la alegría fué amargada por cierta perplejidad. A pesar de la suavidad de la forma, Cerdeña quedaba asociada á las potencias occidentales más como auxiliar que como aliada, y delante de las murallas de Sebastopol los soldados del Piamonte servirían á título de asalariados mucho más que como compañeros de armas. El primer cuidado fué, por consiguiente, desvanecer este equívoco, para lo cual el gabinete de Turín rechazó todo subsidio, reivindicó el derecho exclusivo de pagar y entretener sus tropas y no aceptó de Inglaterra más que un simple préstamo de dos millones de libras esterlinas, reembolsable en plazos determinados. Pero, aun después de haber puesto á salvo la dignidad de su país, los consejeros del rey consideraron que no podían comprometer los recursos de la nación si no mediaban algunas garantías escritas; de aquí que pusieran tres condiciones á su concurso: primera, que llegado el momento de las negociaciones de la paz, el Piamonte no sería descartado, sino que, por el contrario, se le admitiría como á sus aliados en el congreso ó en las conferencias; segunda, que Francia é Inglaterra se obligarían por medio de un artículo secreto á tomar en consideración, una vez terminada la guerra, la situación desdichada de Italia; y tercera, que aquellas dos potencias interpondrían sus buenos oficios cerca de Austria á fin de que se levantara el secuestro de los bienes de los emigrados lombardos que se habían hecho súbditos de Cerdeña. Sir James Hudson respondió á tales demandas expresando reiteradamente su buena voluntad; pero en lo tocante á las condiciones, dudaba que fuesen aceptadas, dado el interés que Inglaterra y Francia tenían en no herir la susceptibilidad de Austria cuyo concurso era mucho más valioso para ellas que el del Piamonte. Los despachos que de Londres se recibieron confirmaron esta apreciación del embajador británico. El general Dabormida, á quien la intervención, ni siquiera con garantías, halagaba poco, exclamó entonces, sin poder contenerse: «¿A qué meternos en la lucha si no se nos asegura ningún provecho inmediato ni remoto? Precisamente porque somos débiles necesitamos garantías, pues cuando suena la hora de las estipulaciones de paz, los intereses de los débiles son los principalmente sacrificados.» El mismo Cavour, sin desistir de sus propósitos, no disimulaba que había confiado en una benevolencia más asegurada. El ministro de Francia, el duque de Guiche, que se hallaba ausente y que llegó en 2 de enero, encomió los sentimientos personales del emperador hacia la Cerdeña, dió á entender que la política francesa no se subordinaría á la austríaca, habló en términos vagos de posibles engrandecimientos y, á falta de tratado secreto, no se mostró hostil al cambio de una nota en la que se consignaran las disposiciones de los aliados. Pero el Sr. de Bourqueney, embajador de Francia en Viena, suplicaba desde aquella capital que no se sacrificara la amistad del Austria á la del Piamonte, que por un refuerzo de algunos regimientos no se perdiera el apoyo eventual de un ejército de 200.000 hombres. En París, lo propio que en Londres, prevalecieron estas consideraciones, y el día 7 de enero llegó á Turín la respuesta de ambas cortes, respuesta que

era una negativa terminante á todo compromiso escrito.

La alianza corrió entonces gran peligro, pues sin garantías no la quería nadie, ni Rattazzi, ni La Marmora, ni sobre todo Dabormida; y aunque se estudiaron combinaciones de toda clase, de ninguna de ellas surgió la ansiada luz: nunca el pequeño Piamonte había pasado por tan inquietantes vicisitudes. El día 9 de enero celebróse un consejo solemne al cual asistieron los ministros y los embajadores de Francia y de Inglaterra. La incertidumbre rayaba en ansiedad: declinar la alianza equivalía á volver al aislamiento obscuro, á hacer infructuosa toda la labor realizada desde Novara, á caer en el descrédito que pesa sobre los que se detienen á mitad del camino de sus esfuerzos; en cambio, intervenir en la guerra, comprometerse en ella sin ninguna necesidad, sin ningún móvil aparente, sin ninguna promesa, parecía una empresa excesivamente temeraria, más digna de visionarios que de profundos políticos. La conferencia se prolongó hasta altas horas de la noche, sin que se adoptara resolución alguna; y, sin embargo, veíase que Dabormida se rendía bajo el peso de tan grave responsabilidad. En aquellos momentos de prueba sólo Cavour demostró poseer todas las cualidades del hombre de Estado, á saber, la imprudencia tanto como la prudencia; y á pesar de tantas apariencias desfavorables, á pesar de tantos adversarios, mantúvose firme y arrojó de frente el peligro. Después que el consejo se hubo separado, corrió á palacio, hizo firmar al rey el decreto nombrándole ministro de Negocios extranjeros, y á la madrugada siguiente avistóse con los embajadores y les anunció que firmaría el tratado sin garantías, fiándose en la lealtad de sus gobiernos, pondría 15.000 hombres á la disposición de la alianza y se abandonaría á los azares del porvenir. El día 26 de enero de 1855 se efectuó el canje de firmas. Cavour reunía, además de la presidencia del consejo, las carteras de Hacienda, de Marina y de Negocios extranjeros. ¡Cuán lejos estaban aquellos días de su juventud en que se indignaba al ver que varios ministerios estaban confiados á una sola persona! Entonces sí que pudo decirse con razón en el Piamonte: «Tenemos un rey, un Parlamento, un ministerio y periódicos: todo esto se llama Cavour.»

Y, sin embargo, la empresa era tan atrevida que sólo el éxito podía absolver á quien la había intentado. «Mi responsabilidad es espantosa,» escribió Cavour. Y lo era en efecto; bien se vió cuando el tratado de alianza fué sometido á la ratificación de la Cámara de los diputados, en donde las objeciones fueron numerosas, ardientes y absolutamente irrefutables desde el punto de vista de la prudencia ordinaria. Uno de los oradores de la oposición que más efecto produjeron fué el general Menabrea, quien hizo la crítica de la empresa con precisión matemática y á fuer de hombre del oficio, preguntando con insistencia qué papel desempeñaría el general en jefe, si sería independiente ó subordinado, si ocuparía en los consejos de guerra un puesto igual al de sus colegas, y lamentándose sobre todo de que los sardos fuesen llamados á Crimea sólo para llenar las bajas del ejército inglés y en calidad de asalariados, aunque se les disfrazara con el nombre de aliados. ¿Era este un papel digno del Piamonte y de la casa de Saboya (1)?

(1) *Atti del Parlamento subalpino*, tomo VI, págs. 2758 y sigs.

La viveza del ataque hacía difícil la defensa. Cavour, para animar á los indecisos, tomó sobre sí todas las responsabilidades; y para intimidar á los débiles prevaleció de las negociaciones entabladas, haciendo ver que toda retirada indispondría y aun irritaría á Francia é Inglaterra. Atenuó los apuros financieros, se esforzó en demostrar que el Piamonte, dueño del gran puerto de Génova, estaba interesado en disputar á los rusos el dominio exclusivo del Mediterráneo, y por último empleó toda su habilidad en dejar entender que en el reparto de los beneficios no sería olvidada Cerdeña. Tales fueron los argumentos de Cavour, argumentos muy inferiores á los de sus adversarios; pero téngase en cuenta que una discreción necesaria le impedía exponer los más sólidos. No podía ciertamente decir que si precipitaba la intervención era para anticiparse al Austria y echar el Piamonte como una tea de discordia entre Viena y las dos potencias occidentales; ni le era dado tampoco añadir que los sacrificios reclamados, enormes para el Piamonte de 1855, serían más adelante estimados pequeños para el reino engrandecido que meditaba; y sobre todo, le estaba vedado repetir las casi seguridades que había obtenido, las confianzas que hasta él habían llegado, las simpatías que había adivinado y que merced á sus cuidados perseverantes se transformarían en complicidad. La reserva diplomática le imponía silencio; también se lo imponían los sentimientos del auditorio, que en caso de que él hubiese expuesto sus planes habríalos tomado por inspiración, no del genio, sino de la locura. Obligado á concretarse á una defensa incompleta, limitóse á pedir una especie de voto de confianza que le fué otorgado, no tanto porque se tuviera realmente confianza en él cuanto por imposibilidad de tenerla ya en ningún otro. 101 votos contra 61 aprobaron el tratado, y no obstante el número de votos adversos, una sola cosa sorprendió, y es que la oposición no hubiese sido más numerosa.

Las notorias disposiciones del Senado hacían prever una lucha no menos reñida; pero en el intervalo entre las deliberaciones de ambas Cámaras, Rusia, adelantándose desdeñosamente á la corte de Cerdeña, declaró la guerra. La discusión, pues, carecía ya de objeto, y el amor propio nacional impedía prolongarla; el 3 de marzo se procedió á la votación, y de 90 senadores 60 votaron el tratado. Cuando la discusión tocaba á su término, un despacho de San Petersburgo anunció la muerte del zar Nicolás, noticia que produjo en la Cámara un alivio inmenso. Todos los senadores se alegraron de ello, acariciando la esperanza de que aquel acontecimiento haría inútil su votación, y sobre todo dando gracias á la Providencia, que seguramente preservaría al país de lo que en voz baja llamaban *la locura de Cavour*.

En el entretanto intentóse un gran esfuerzo para que los soldados piamonteses pudieran presentarse dignamente al lado de sus nuevos compañeros de armas. Mediante una selección hábil, y tomando de cada batallón los elementos más sólidos, formóse un cuerpo de 15.000 hombres valientes, disciplinados y fieles, cuyo mando se confió al ministro de la Guerra, al general Alfonso de La Marmora. En seguida aquel pequeño ejército fué concentrado en Alejandría y desde allí enviado á Génova, en donde comenzó el embarque. Desde un prin-

cipio, un conjunto extraño de azares adversos pareció confirmar las aprensiones que la empresa había engendrado: uno de los primeros buques que salieron del puerto, el *Creso*, barco de grandes dimensiones cargado de hombres, municiones y víveres, incendióse casi á la vista de la rada y fué á encallar cerca de Portofino; y apenas desembarcado en Balaklava, el general La Marmora hubo de defender contra las pretensiones de lord Raglán la independencia de su mando, y sólo á fuerza de destreza, de tacto y de perseverancia pudo aflojar y hasta romper del todo los lazos con que su colega inglés pretendía atarle. A raíz de esta contienda sobrevino una gran calamidad que hizo olvidar todas las demás contrariedades: entre las tropas sardas, no aclimatadas todavía en Crimea, declaróse el cólera con una intensidad que excedió á todas las previsiones y desconcertó todas las medidas adoptadas, atacando en menos de un mes á más de 900 hombres y causando 383 víctimas. Y lo más triste era que ninguna gloria alegraba aquellos duelos, pues los sardos, acampados en las alturas, á orillas del Tchernaiá, oían los ruidos del sitio, pero no tomaban parte en él y se consumían esperando á un enemigo que no se presentaba. En Turín, Cavour, tan mal secundado por los acontecimientos, á duras penas podía dominar la opinión contristada ó incierta. Al fin recibióse la noticia de que en la batalla de Traktir los sardos habían recibido honrosamente el bautismo de fuego; pero aunque Cavour se apresuró á multiplicar y á propagar los partes de la acción, registrando el más pequeño acto de valor y hasta exagerando las pérdidas como si con ello quisiera preparar el pago de la sangre derramada, la opinión en Turín permaneció fría y un tanto escéptica respecto de los resultados de la guerra. Sólo algunos espíritus elevados, apartados de la multitud, habían vislumbrado, con la perspicacia de la reflexión solitaria, las perspectivas del porvenir: tales eran, por ejemplo, el ilustre filósofo Rosmini, que veía deslizarse sus últimos días en su retiro de Stresa y que, según se dice (1), no cesaba de animar á Cavour, y el florentino Ricasoli, entonces muy poco conocido, y que desde el fondo de su casa señorial del Brolio seguía con simpática atención la evolución piamontesa, diciendo: «Todo depende del hombre... ¡Veremos!, ¡veremos!, ¡veremos! (2).» palabras que resumían todo el porvenir. Todo dependía del hombre, del hombre omnipotente, taciturno y misterioso; y á este hombre, á Napoleón III, era á quien había que obligar á hablar y sobre todo á hacer; á él era á quien convenía conquistar, seducir, envolver y engañar. Cuando la toma de Sebastopol hizo presagiar ó una paz próxima ó una guerra ampliada, Víctor Manuel y Cavour partieron para visitar á sus aliados poderosos.

VII

Y partieron casi como esos frailes mendicantes que el Piamonte acababa precisamente de desterrar, aunque no iban ellos en demanda del pan de cada día, sino del ajeno territorio. Sin embargo, nada habían omitido para realizarse y aumentar su prestigio. Víctor Manuel lle-

(1) Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, pág. 53.

(2) *Lettere e documenti del barone Bettino Ricasoli*, tomo III, páginas 303 y 306.

vaba consigo un séquito bastante numeroso é iba acompañado de los dos personajes principales de su corte, Cavour y De Azeglio: Cavour, que en un principio había vacilado en emprender el viaje, temeroso de que si éste fracasaba su crédito mermaría, después mudó de parecer; y en cuanto á De Azeglio, su presencia había sido considerada indispensable porque su reputación de integridad hacía de él, por decirlo así, la persona respetable del Piamonte, y es en extremo hábil poner bajo el patrocinio de personas honradas obras que no lo son del todo. Importaba principalmente que el séquito fuese escogido, que todos los conspiradores ó emigrados se quedaran en las fronteras, que la casa de Saboya tendiera el manto de su antigua majestad sobre sus nuevas ambiciones; y convencido de esto, Cavour no se había desdeñado de disponerlo todo por sí mismo, fijando los detalles de la etiqueta y hasta los trajes. El 22 de noviembre de 1855 los viajeros desembarcaron en Marsella, y el 25 estaban en París.

Allí fueron recibidos con la pompa ordinaria y durante su estancia se celebraron fiestas suntuosas. Dícese que el rey divertió mucho á la corte y hasta la escandalizó un poco. Cavour, siempre infatigable, en el intervalo que dejaban las ceremonias de gala, hizo innumerables visitas que fueron otras tantas ocasiones para abogar por la causa de la Cerdeña, buscando no sólo á los personajes del mundo oficial, sino también á todos aquellos que por su rango y por sus relaciones creaban ó dirigían la opinión pública. Por desgracia, en casi todos encontró disposiciones conciliadoras y retrógradas que le afligieron en extremo: unos, como Thiers, típicamente aspiraban á la paz; otros, como el Sr. Cousin, se habían hecho «legitimistas y no pensaban más que en la fusión;» esto no obstante, no se desanimó, y frecuentando los círculos más diferentes, vió á Montalembert y al mismo nuncio. ¿Qué tenía esto de extraño? ¿Acaso los príncipes de Saboya no eran por tradición los hijos más devotos del papa? Al mismo tiempo Víctor Manuel enviaba al Arzobispo de París el gran cordón de los Santos Mauricio y Lázaro.

Desde París fuéronse el rey y sus consejeros á Londres, y en aquel país clásico de la etiqueta, Víctor Manuel procuró mostrarse correcto y leyó «admirablemente» un discurso que De Azeglio le había preparado. «Tiene todo el aire de un gentleman,» escribía Cavour, tan sorprendido como encantado (1); pero ¿causó el monarca esta misma impresión en la corte británica? Cabe dudarle, á juzgar por el retrato que de él trazó en aquella ocasión un contemporáneo: «El rey de Cerdeña, escribía sir Greville, atrae todas las miradas; es de figura poco simpática, alto, robusto, grueso, atlético, brusco en sus modales y ademanes, poco refinado en sus conversaciones, muy disoluto en su conducta y en extremo excéntrico en su modo de vestir... En Windsor ha producido el efecto más bien de un caudillo de los hérulos y de los lombardos que de un príncipe italiano moderno (2).» Mas como los ingleses no miran con malos ojos lo que tiene algo de extraño, el regio visitante no les disgustó, y aun alcanzó, gracias á sus contendas con el papa, una popularidad que no sospechaba.

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 371.

(2) *The Greville Memoirs*, tomo VII, pág. 308.

En efecto, los delegados de las sociedades bíblicas solicitaron el honor de ofrecerle sus respetos y le leyeron mensajes llenos de alabanzas por haber emprendido la lucha contra el papismo, por haberse atrevido á combatir las corrupciones de la moderna Babilonia y por haber trabajado en pro de la depuración de la moral y de la fe.

Víctor Manuel escuchó con impasible gravedad aquel inesperado elogio de sus costumbres, contestó con cierto gracejo que no lo merecía, maravillóse de que el ser excomulgado fuera cosa tan meritoria y aun abogó suavemente en favor de Roma, muy corrompida ciertamente, pero no tanto como se creía en Exeter-Hall y entre el bajo clero. En tanto que ocurrían estas burlescas escenas, Cavour, sin perder ni un momento de vista su objetivo, se dedicaba á reclutar amigos para Cerdeña.

Las disposiciones de los hombres de Estado ingleses eran menos pacíficas que en París; mas en lo tocante al engrandecimiento del Piamonte, el lenguaje por ellos empleado no era más favorable.

Todas las súplicas de Cavour amenazaban, pues, resultar estériles y lo hubieran sido realmente si al pasar á su vuelta nuevamente por París, el emperador, al final de un banquete celebrado en las Tullerías el día 7 de diciembre, no hubiese dejado escapar de sus labios una preciosa frase: «Escribid confidencialmente á Walewski, dijo á Cavour, lo que creáis que pueda yo hacer por el Piamonte y por la Italia (3):» era esto muy poco, pero procedía de tan alto que por sí solo valdría quizás el viaje. Aquella misma noche Cavour pidió al caballero De Azeglio que preparase una memoria que fuese la exposición completa del estado de Italia; pero habiéndole parecido el documento por aquél redactado difuso, poco terminante y demasiado teórico y científico para ser leído hasta el final, lo substituyó por un breve despacho en el que resumió en pocas páginas lo que se complacía en llamar *el mínimo de las exigencias italianas*. No se atrevía á pedir que Austria renunciara á sus posesiones territoriales, pero á lo menos expresaba el deseo de que el reino lombardo-veneto se viese libre del régimen militar y se suavizaran las medidas de rigor. Ponía en duda que los napolitanos pudieran disfrutar de paz y libertad bajo los Borbones, y recomendaba á esas desdichadas poblaciones á la benevolencia de Europa. Mas su principal solicitud era en pro de las legaciones, acerca de las cuales hacía ver la conveniencia de substraerlas á la vez al régimen del sable, personificado por los austriacos, y al de la sotana, representado por los cardenales. ¿No sería posible transferir esas provincias al duque de Módena ó al gran duque de Toscana, príncipes que nada tenían de revolucionarios y que serían para el papa vecinos respetuosos? Tanta munificencia con soberanos poco ha tratados duramente, era para sorprender á cualquiera; pero el secreto de aquella benevolencia no tardó en revelarse: los duques de Módena ó de Toscana, al extenderse hacia el Adriático, dejarían al Oeste, en la vertiente occidental de los Apeninos, territorios que convenían en extremo á Cerdeña.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 376.

«Esta sería la ocasión, añadía Cavour con gran ingenuidad, de una transformación en la cual encontraría el Piamonte una justa compensación de sus sacrificios (1).»

VIII

Esta transformación territorial sería preciso pedirla á la diplomacia, no á la guerra, pues en el mismo momento en que escribía su despacho, enterábase Cavour de que se había restablecido el acuerdo entre las potencias occidentales y Rusia. Al recibir esta noticia, el ministro sardo sintió violento despecho, como el jugador á quien se le quitaran de la mano las cartas en el instante de la partida decisiva. Y aumentaba su disgusto la circunstancia de que la paz se concertara en parte bajo los auspicios de Austria, cuyo crédito, por consiguiente, en vez de quebrantarse se robustecería. Otra inquietud le agitaba además: iba á reunirse en París un congreso para ajustar el tratado definitivo; ahora bien, ¿qué puesto ocuparían en aquel congreso los plenipotenciarios sardos? El criterio del Sr. Walewski, ministro de Negocios extranjeros, no dejaba duda alguna respecto de este particular: los agentes del Piamonte serían recibidos con cortesía y tratados con deferencia, pero no intervendrían en más deliberaciones que en las que á su país interesarán. De tal modo limitada, la misión de representar á Cerdeña era más modesta que gloriosa; así lo entendió De Azeglio, que, habiendo sido elegido para ella, se apresuró á excusarse de aceptar el nombramiento. En tan apurada situación, Cavour se designó á sí mismo y se dispuso á emprender de nuevo el viaje, aunque no sin cierta tristeza: «Es probable, escribía al Sr. de Villamarina, embajador en París y nombrado segundo plenipotenciario, que la misión actual señalará el fin de mi carrera política;» y agregaba con melancolía no exenta de jovialidad: «Me auxiliaréis en mis últimos momentos (2).»

Llegó Cavour á París en 15 de febrero de 1856 y á su llegada ya pudo gozar de un primer triunfo: en efecto, el emperador había resuelto que los ministros sardos serían tratados al igual que los demás plenipotenciarios. El Sr. Walewski, al comunicarle tan buena noticia, quiso amargarle la satisfacción con algunos consejos: «Tenéis sobrado tacto, le dijo, para intervenir en asuntos que no os conciernan; así es que asistiréis á su discusión pensando en otra cosa (3).» Pero ¿qué importaban esas descortesías reservas junto al resultado conseguido? Cavour recobró todo su aplomo y se dedicó inmediatamente á lograr por medio de las negociaciones lo que la guerra no había podido asegurarle.

Es un hecho tradicional que los congresos vayan acompañados de muchas fiestas y que en ellos los placeres se mezclen con los negocios hasta el punto de hacerlos olvidar; pero Cavour no perdió nunca de vista estos últimos, y á decir verdad, más provecho sacó de las reuniones mundanas que de las sesiones oficiales.

(1) Despacho de Cavour al conde Walewski, de 21 de enero de 1856 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 387).

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 394.

(3) Idem, tomo II, pág. 394-395.

En conversaciones hábilmente provocadas, consagróse á captarse la benevolencia de sus colegas, y como ninguno le aventajaba en flexibilidad de ingenio ni en graciosa sencillez de modales, fácil le fué conseguirlo. Los plenipotenciarios ingleses estaban ya de su parte; en cuanto á los rusos, había un medio seguro de agradarles y era decir mal del Austria, entonces detestada en San Petersburgo; y ya se supondrá que Cavour no dejó de recurrir á este medio, mezclando á las burlas contra la corte de Viena algunas hábiles adulaciones al zar y no omitiendo nada para que los enemigos del día antes se convirtieran en amigos sólidos: «Si logramos asegurarnos el apoyo de Rusia, escribía, obtendremos algo positivo; de lo contrario, todo se reducirá á un verdadero furor de amistosas protestas y de palabras afectuosas (4).» Los prusianos no llegaron á París hasta algún tiempo después, y muy pronto se entendieron ellos y Cavour, gracias á la analogía de los deseos y á la semejanza de las situaciones de los países que unos y otro representaban. Los piamonteses y los prusianos habían sido admitidos en el congreso sólo por concesión y casi como por gracia; de aquí que se aproximaran unos á otros por virtud de una propensión igual á envidiar á sus poderosos colegas y á burlarse un poco de ellos. Por lo que á los franceses se refería, Cavour encontraba en ellos sentimientos muy desiguales: el príncipe Napoleón se le presentaba ya como el más ardiente protector de Italia; y de los plenipotenciarios, el Sr. de Bourqueney parecía «más austriaco que Buol (5);» en cambio, el Sr. Benedetti, secretario del congreso, le agradaba del todo: «Es corso de nacimiento, escribía, pero italiano de corazón (6).» De todos los hombres de Estado franceses, ninguno le era tan antipático como el Sr. Walewski, á quien juzgaba «de una incapacidad gigantesca (7);» mas en esto se equivocaba, porque ese político, á pesar de algunos errores, tuvo un mérito que por sí solo bastaría á honrar su memoria, y fué precisamente haber conocido perfectamente á Cavour y haberlo combatido siempre.

De nada servían, sin embargo, todos los trabajos de Cavour, si no conseguía poner de su parte al emperador; ya se supondrá, por consiguiente, el ardor con que el ministro sardo se consagró á la misión de atraérselo. El día 21 de febrero comió en las Tullerías en una especie de intimidad á la que los austriacos no eran admitidos, y habló largo rato con el soberano, quien se mostró con él benévolo, amable y muy al corriente de las cosas de Italia, y, sea por recuerdo de su juventud, sea por simpatía, se complació en hacerle multitud de preguntas acerca de aquella península con el interés que se manifiesta por un país conocido y al que se desea volver á visitar. Al día siguiente se le presentó un antiguo amigo de Napoleón III, el doctor Conneau, el cual le anunció confidencialmente que estaba autorizado para servir de intermediario en cualquiera comunicación secreta que los sardos juzgaran conveniente hacer llegar á las Tullerías, grata noticia que Cavour no dejó de transmitir al conde Arese, otro amigo de Napoleón no

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 398.

(5) Idem, tomo II, pág. 407.

(6) Idem, tomo VI, pág. 11.

(7) Idem, tomo VI, pág. 11.